

**Memoria colectiva y representaciones sociales.
Entramado teórico y referente ético para complejizar el
análisis de la habitabilidad urbana**

*Collective memory and social representations. Theoretical
framework and ethical reference to complex
the analysis of urban habitability*

Mariana Rodríguez-Gómez ^a

Recibido: 17 de enero de 2021.

Aceptado: 16 de abril de 2021.

RESUMEN: El presente artículo parte de la siguiente pregunta: ¿cómo el ser humano conoce, entiende, imagina y transforma su espacio? Con esto, se abre una serie de posibilidades, tanto teóricas como prácticas e incluso de sentido común, para responderla. Sin embargo, lo que aquí se propone es ubicar posibles respuestas que permitan vislumbrar espacios de conocimiento en el entrecruzamiento de los conceptos: habitabilidad urbana, memoria colectiva y representaciones sociales.

Palabras clave: hábitat urbano; memoria colectiva; representaciones sociales; ética urbana; psicoespacialidad.

ABSTRACT: The present paper parts from the following question: How does the human being know, understand, imagine and transform his space? With this, a series of possibilities, both theoretical and practical and even common sense, are opened to answer it. However, what concerns this work is to locate possible responses that manage to glimpse knowledge spaces at the intersection of concepts: urban habitability, collective memory and social representations.

Keywords: urban hábitat; collective memory; social representations; urban ethics; psych spatiality.

Introducción

EL concepto de habitabilidad responde a la forma en que los individuos dotan de valor un espacio determinado a partir de la relación que establecen con él desde la satisfacción de sus necesidades básicas y sus aspiraciones. Una primera definición planteada por Garfias y Guzmán (2018) señala que:

La habitabilidad constituye una condicionante para el desarrollo de calidad de vida dentro del espacio urbano, donde la habitabilidad urbana está determinada por la relación y adecuación entre el hombre y su entorno y se refiere a cómo cada una de las escalas territoriales es evaluada, según su capacidad de satisfacer las necesidades humanas. Debe incluir, necesariamente, aspectos urbanos como la accesibilidad, movilidad, continuidad, permeabilidad, emplazamiento, espacio público; dotación de equipamiento y servicios, entre otros. Pero, sobre todo, tiene que ver con las características y cualidades del espacio, entorno social y medio ambiente que contribuyen singularmente a dar a la gente una sensación de bienestar personal y colectivo e infunden la satisfacción de residir en un lugar determinado propiciando el sentido de pertenencia y de identidad. (5)

Garfias y Guzmán (2018) en su artículo: “Metodología para el análisis de la habitabilidad urbana”, plantean que “la habitabilidad está determinada por la relación y adecuación entre el hombre y su entorno, y se refiere a cómo cada una de las escalas territoriales es evaluada según su capacidad de satisfacer las necesidades humanas” (p.76). Los autores proponen tres enfoques para analizar la habitabilidad urbana en entornos urbanos consolidados: el físico-espacial, el medio-ambiental y el psico-espacial. Para el caso de este artículo, se hará énfasis en el aspecto psico-espacial. Este alude a la forma en que la habitabilidad se estructura a partir de la imagen de la ciudad y la memoria. El aspecto psico-espacial “se basa en [...] la percepción de las personas sobre el ambiente urbano y cómo este incide en su comportamiento. De tal suerte, el estudio de las experiencias perceptivas y de la convivencia social resultan determinantes en la forma en que la gente valora subjetivamente el espacio a través de su experiencia de vida y la construcción de la memoria colectiva de un lugar” (Garfias y Guzmán, 2018). El aspecto psico-espacial se constituye directamente de la memoria colectiva y de las representaciones sociales y ahondar en este significa profundizar y generar engranajes entre estos conceptos y la habitabilidad urbana.

De esta manera surge la primera pregunta: ¿cómo se puede analizar, investigar y mejorar la habitabilidad urbana desde un enfoque psico-espacial si no se conocen las aspiraciones y opiniones de los individuos que viven y han vivido la ciudad?, ¿cómo es posible tratar de generar nuevas

dinámicas de integración o mejora si no se toman en cuenta los elementos que estos consideran parte de su identidad y memoria colectiva?

En este sentido, la siguiente cita del medievalista Jacques Legoff (1991) abre la discusión: “La memoria colectiva ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y el olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas. Los olvidos, los silencios, son reveladores de estos mecanismos de manipulación de la memoria colectiva” (p.134). Siguiendo este planteamiento, es posible vislumbrar que muchas de las teorías y planeaciones urbanas no han tomado (ni toman) en cuenta la dimensión humana y social. Es decir, se anula al sujeto o se le degrada a un elemento más de la ciudad: como productor, como consumidor e incluso competidor de un sistema enajenante.

Tal es el caso de las grandes ciudades, donde los enormes condominios fungen como dormitorio y no se conocen entre vecinos, no hay una vida en comunidad porque tampoco hay tiempo para ello y mucho menos para llevar a cabo un ejercicio de memoria o historización de la gran urbe. Esta naturalización de la explotación y de la competencia, genera dinámicas urbanas que alejan a los individuos del espacio público y por tanto los aleja de reproducir su memoria y afincarla en espacios de la ciudad. Los silencia y los margina. Este desapego ocasiona más violencia por la falta de cohesión social y los altos niveles de estrés anulan la posibilidad de los sujetos de proyectarse como individuos sociales con posibilidades de crecimiento intra e interpersonal.

Las dinámicas urbanas y capitalistas nos vuelven autómatas. Nos vuelven anómicos. “Cada vez más frecuentemente, nuestras ciudades se configuran con espacios urbanos exclusivos para los de mayor poder económico. De esta forma, se pierden los valores más importantes del espacio público: la accesibilidad, la igualdad y la democracia” (Hernández en Salazar, 2015, p.51). Además, se generan estrategias bajo lógicas neoliberales para propiciar una aparente estabilidad social que coacciona y domina, dando como resultado ciudades que benefician a algunos y sentencian a otros. Por tanto, la reivindicación de los movimientos sociales en pro de la recuperación de dinámicas socioeconómicas encaminadas a la democratización de la ciudad y la reapropiación de espacios públicos es una necesidad, ya que “la democratización de ese derecho y la construcción de un amplio movimiento social para hacerlo realidad son imprescindibles si los desposeídos han de recuperar el control sobre la ciudad del que durante tanto tiempo han estado privados, y desean instituir nuevos modos de urbanización” (Harvey, s/a, p.39). Entonces, el derecho a la ciudad no es solo el derecho a lo que hay en ella, sino a lo que se puede hacer en ella. En este sentido, lo mismo ocurre con los discursos, las representaciones y las memorias sobre la ciudad: los relatos hegemónicos se plantean como únicos, anulando y excluyendo narrativas, representaciones sociales y memorias urbanas que son igual de importantes para entender y construir la ciudad, tanto física como simbólicamente.

En este sentido es necesario conceptualizar de manera breve, pero puntual, la memoria colectiva y las representaciones sociales para profundizar en esta discusión, ya que muchas veces estos conceptos no reciben la importancia debida porque no se establecen criterios que planteen una directriz teórica y se interpretan como percepciones ambiguas, atisbos o imagerías sin importancia, pero que son en realidad dimensiones importantísimas para complejizar lo urbano y, por tanto, las formas de habitar.

1. Dimensión histórica, memoria colectiva y representaciones sociales. Breves apuntes teóricos para complejizar la habitabilidad urbana desde el aspecto psico-espacial

Como seres sociales que somos, los humanos nos valemos de recursos tangibles e intangibles para perpetuarnos. Nuestra preocupación por la permanencia y trascendencia nos ha hecho generar una serie de representaciones para persistir. La memoria colectiva y los referentes espaciales, en los cuales esta se afianza, son marcadores claros de la necesidad de cohesión social. La memoria otorga a los individuos una estabilidad que, a través del paso del tiempo, se mantiene como un recordatorio de la existencia y la razón de ser: “Queda manifiesto que en el tema del patrimonio cultural urbano-arquitectónico y su permanencia en el tiempo, los hábitos sociales y los usos parecen durar más que las formas y la materialidad del espacio” (Azevedo, 2011, p.54). Esto remite directamente al concepto de habitabilidad, entendido desde la condición psico-espacial del ciudadano, ya que, si este se siente más cómodo, seguro y con posibilidades de participar e incluso defender su territorio, tendrá más elementos a los cuales asirse y asir su memoria. Entonces, el espacio urbano se vuelve un lugar de memoria y una dimensión psico-espacial del ciudadano. Como menciona Halbwachs (1990) en su texto “La memoria colectiva y el espacio”:

El grupo no solo transforma el espacio en el cual ha sido insertado, sino que también cede y se adapta a su medio ambiente físico, y acaba encerrado en el espacio que él mismo ha construido. La imagen que el grupo tiene del ambiente que lo rodea y de su estable relación con ese ambiente es fundamental para la idea que el grupo se forma de sí mismo y penetra cada elemento de su conciencia, moderando y gobernando su evolución. (14)

Con esto se tiene que la memoria colectiva es un entramado complejo de vivencias que se articulan entre los individuos para dar sentido a su existencia. Cada generación vive sus etapas, configura y reconfigura su imaginario en el transcurso de la vida y de la ciudad. Desde la infancia hasta la vejez. Así, paso por paso, fluyendo entre recuerdos, apropiaciones y olvidos; las generaciones van y vienen, conectándose unas con otras, reconfigurándose y apropiándose de vivencias. Dándole lugar al acontecer histórico-social, al imaginario y a su constante reproducción en la urbe. En palabras de Manheim (1993):

Incluso las más viejas generaciones que todavía están presentes vivencian recorridos parciales del acontecer histórico junto a la juventud adolescente y, no obstante, no se les puede atribuir la misma posición. El hecho de que desentonen es esencialmente comprensible gracias a fenómenos de la diversificada estratificación de la vida (...) Para la formación de la conciencia es en gran medida decisivo cuáles sean las vivencias que se depositan como “primeras impresiones”, como “vivencias de juventud” y cuáles sean las que vienen en un segundo o tercer estrato y así sucesivamente (...) Las primeras impresiones tienden a quedar fijadas como una imagen natural del mundo. (p.216)

Así pues, la dimensión histórica de la ciudad permite entender las configuraciones tanto físicas como culturales de la misma. Con esto me refiero a que las percepciones de la ciudad se construyen a partir de diversos factores tanto internos como externos y tienen que ver con el entorno, las vivencias, las herencias, las experiencias y la historia. Sin embargo, al ser un entramado cultural tan

complejo para su estudio, sistematización y análisis, es necesario un ordenamiento y aquí es donde la teoría de las representaciones sociales vislumbra un espacio de conocimiento.

Las representaciones sociales son el proceso desde el cual se establece una relación con las cosas y con el mundo a través de “experiencias, informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que se reciben y se transmiten a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (Jodelet, 1984: p.473). El hecho de representar implica crear y significar una realidad cultural a través de categorías que emanan tanto de un bagaje de dominio común como de uno erudito, es decir, a través de categorías del lenguaje. En este sentido, a partir de la teoría de las representaciones sociales es posible entender cómo los individuos construyen cognitivamente la ciudad. Para Navarro y Londoño (2010):

La teoría de las RS nos permite entender cómo los actores sociales en diferentes momentos espaciales-temporales, pueden apropiarse de determinadas situaciones que les son cotidianas y familiares, como así también abandonar, olvidar o negar, todo aquello que le es ajeno. Son conjuntos dinámicos, su característica es la producción de comportamientos y de relaciones con el medio, en una acción que modifica a ambos y no una reproducción de esos comportamientos, o de estas relaciones, ni una reacción a un estímulo exterior dado. (Moscovici, 1979, p.31) Por otra parte, a las representaciones sociales se les atribuye la función de construcción, de organización, y de comunicación del conocimiento. Pero fundamentalmente, su función es la de permitir la adaptación del individuo a su contexto físico y sociocultural. En resumen, las representaciones sociales permiten la comprensión del mundo en tanto ellas son: organizadoras de la experiencia, reguladoras de la conducta y dadoras de valor. (p.347)

En este sentido, pensar la ciudad desde la memoria, la historia y las representaciones sociales complejiza los conceptos de habitabilidad urbana y de participación social. Los recuerdos de diferentes generaciones se estratifican en la memoria y en la materialidad de la urbe y si alguna parte llega a ser restaurada, destruida o modificada, las memorias también. En este sentido, uno de los grupos más vulnerables ante la mutación de la ciudad serían los adultos mayores y aquellos en condiciones marginadas. Por tanto, como menciona Salazar (2015): “El desconocimiento de la historia nos lleva a repetir los mismos errores, por este motivo es de suma importancia hacer una revisión histórica relacionada con los adultos mayores. Cada sociedad muestra intereses distintos y un grupo puede darle relevancia a algunos elementos que otro grupo definitivamente ignora” (p.26). Es aquí que se vislumbra de manera clara la dimensión ética que pueden aportar la memoria colectiva y las representaciones sociales como conceptos a la habitabilidad urbana, ya que complejizan el aspecto psico-espacial. Además, permiten visibilizar ausencias que pueden ser de gran valor en la investigación urbana. Así pues, se establece una relación dialéctica entre el concepto de habitabilidad urbana, memoria colectiva y representaciones sociales.

En tanto que los individuos que viven y transitan la ciudad configuran este elemento (habitabilidad urbana), la ciudad se va construyendo a partir de representaciones sociales y cuando hay una transformación física significativa en la urbe estos pueden sentirse incluidos o excluidos (dependiendo de la situación) y por tanto es posible que se generen dinámicas de memorización, participación social, apropiación, segregación, rechazo, violencia o alejamiento del espacio urbano. Por tanto: “se considera el estudio de la historia como el de una evolución dinámica, sin la cual no podrían entenderse las contradicciones y paradojas que componen la historia humana. A la

densificación del espacio habitable le corresponde una densificación de las relaciones sociales y a estas últimas, una densificación moral” (Salazar, 2015, p.17). En este sentido es posible plantear a la habitabilidad también como un elemento de la memoria y de la historia. Es decir, como una forma de entender la vida, vivir los espacios y apropiarse de ellos, tal y como señala Azevedo (2011): “la memoria expresa las verdades del pasado con base en las del presente, siendo la memoria colectiva útil al grupo social que de ella se adueña, pues es parte de su propia definición y se transforma en la medida que el grupo evoluciona” (p.57). Para Jodelet (2010) por su parte:

Hablar de memoria de lugares urbanos significa considerar a la ciudad como si tuviera una vida histórica, del modo que lo hace el antropólogo Marc Augé (1992) cuando refiere a lugares antropológicos que se pueden encontrar tanto en las sociedades tradicionales como en las modernas, donde pasado y presente se ofrecen unidos a la mirada del observador, como lo ilustran Baudelaire o Benjamin, y en sociedades pos o supramodernas, características de la época contemporánea. Los lugares antropológicos se distinguen por tres rasgos comunes: son identitarios, relacionales e históricos. (p.86)

Por ende, la memoria constituye una mirada de los pueblos, es una forma de construir un legado que otorga la posibilidad de recrear el pasado y concebir el presente como una transformación continua en búsqueda de estrategias que fortalezcan los intereses colectivos.

2. Conclusiones

Para concluir, se retoma la consigna de analizar la historia desde los ciudadanos para involucrarlos con su proceso de habitar la ciudad y de apropiársela. Es decir, horizontalizar los discursos. Esta acción apela a la diversidad cultural como espacio de conocimiento y de creación, y entiende a la ciudad como un proceso social que toma en cuenta las aspiraciones, voluntades e imaginación de todos y no sólo de unos cuantos. Bajo la lógica de este bienestar colectivo y el sentido de pertenencia, el concepto de memoria colectiva y representaciones sociales encuentran cabida, ya que, si los habitantes se involucran y son tomados en cuenta, pueden sentirse parte de la ciudad y así participar en y por ella. Apropiarse incluso de las nuevas legislaciones o luchar por generar dinámicas más inclusivas. En este sentido, la generación de información respecto a la ciudad con miras a crear políticas públicas que busquen mejorar la habitabilidad urbana, debe tomar en cuenta la diversidad cultural de la sociedad. La cual no puede cosificarse y reducirse a cifras homogeneizantes.

Por tanto, el aspecto histórico es fundamental para complejizar, analizar, investigar y mejorar las condiciones de habitabilidad en las ciudades. Con esto se tiene que la comunidad es el principal enemigo del sistema capitalista porque a través de esta se crean otras formas de vivir, de consumir, de construir y de narrar la ciudad. Aquí la recuperación de las dinámicas que generan identidad dentro de las ciudades como la memorización, surgen como elemento importantísimo para complejizar el concepto de habitabilidad urbana e incluso como referente ético para los futuros arquitectos y urbanistas que tengan como cometido crear, mejorar o recuperar espacios de la urbe.

En este sentido, el concepto de habitabilidad urbana, junto con la reflexión histórica y social, se puede establecer como un elemento que abona a la discusión para complejizar las formas en que la

ciudad se vive, se percibe, se recuerda y se representa. Específicamente en aquellos grupos que no se consideran hegemónicos o cuyas voces son acalladas. Por tanto, es necesario retomar las narrativas populares, alternas y marginadas sobre la ciudad desde los ciudadanos para involucrarlos con su proceso de habitarla y apropiársela para luchar por generar dinámicas más inclusivas y apertura a coordinarse con otras instancias tanto de gobierno como civiles en pos del mejoramiento en su calidad de vida y de esta manera entender a la transdisciplina como necesidad epistemológica en la producción de conocimiento urbano.

Referencias

- Azevedo, E.M.** (2011). Habitar y Habitabilidad en SALAZAR, G. et al. Lecturas del espacio habitable. Universidad Autónoma de San Luis Potosí.
- Garfias, A. y Guzmán, A.** (2018). Metodología para el análisis de la habitabilidad urbana. *Arquitectura y Urbanismo*. (39) 1.
<https://rau.cujae.edu.cu/index.php/revistaau/article/view/444/416>
- Halbwachs, M.** (1990). Espacio y Memoria colectiva. *Estudios sobre las culturas contemporáneas*. (3) 8-9.11-40. <https://www.redalyc.org/pdf/316/31630902.pdf>
- Halbwachs, M.** (2004). Los marcos sociales de la memoria. España: Anthropos.
- Harvey, D.** (s/a). El derecho a la ciudad. *Artículos*. 23-39.
- Jodelet, D.** (1984). La representación social: fenómenos, conceptos y teoría. En S. Moscovici, *Psicología social II. Pensamiento y vida social. Psicología y problemas sociales*. Paidós.
- Jodelet, D.** (2010). La memoria de los lugares urbanos. *Alteridades*, 20(39). 81-89.
<https://www.redalyc.org/pdf/747/74720828007.pdf>
- Le Goff, J.** (1991). El orden de la memoria. España: Paidós Básica.
- Mannheim, K., & De la Yncera, I. S.** (1993). El problema de las generaciones. *Reis*. (62).193-242. http://www.reis.cis.es/REIS/PDF/REIS_062_12.pdf
- Moscovici, S.** (1979). El psicoanálisis, su imagen y su público, Buenos Aires: Huemul.
- Navarro, O. & Londoño, M.G.** (2010). Representaciones sociales del habitante de la calle. *Universitas Psychologica*, 9(2). 345-355.
<http://www.scielo.org.co/pdf/rups/v9n2/v9n2a04.pdf>
- Salazar, B. L. (coord.).** (2015). Espacios multigeneracionales. Diseño del hábitat para personas mayores en centros urbanos y viviendas populares, a partir del diseño participativo y el cuidado del medio ambiente. Xalapa, México: Facultad de Arquitectura, Universidad Veracruzana.